

*Todos.* Eso es claro.

*Yo, á solas.* ¡Jesús, qué baraúnda! no hay dos que piensen lo mismo. Yo, en cambio, pienso tanto en ser intervencionista como en volverme mora. ¡Que se me haga justicia, que se me devuelva lo que me toca! y poco me da que planteen la Inquisición ó el club de los Jacobinos. ¡Buena olla de grillos va á salir de aquí! ¡Qué lástima me dan el Emperador y el archiduque Maximiliano!



## CAPITULO V

### El nuevo duque

**E**N día de Octubre. Juan Bautista está rodeado de gloria y majestad. Vive en la casa número veintinueve de la Avenida Kleber, y como goza de consideración en las Tullerías y reparte el dinero á manos llenas, todo el mundo le trae en palmitas. Al saber que yo había llegado con misión de Saligny, pues el ministro tuvo cuidado de escribírselo, me fué á visitar, y lejos de enfadarse por mi presencia en París, la celebró sinceramente diciendo que no podía llegarle auxiliar mejor.

— Todo camina á las mil maravillas, y al fin ha de triunfar nuestra causa, que es la de la justicia; mas antes ¡cuánto tuvimos que trabajar! Ya Saligny te ha instruído de la intervención del *nuevo duque* en nuestras cosas; y



según parece está conforme con la comisión de 30 por 100 que se debe dar á nuestro amigo; pero también hay que demostrar al Emperador que no debe abrigar confianza ninguna en Labadie, ni en Subervielle, ni en Escandón, ni en Iturbe, ni en Ocegüera; en suma, en casi ninguno de los que le hablen de negocios mexicanos... S. M. no toma aún ninguna resolución definitiva acerca de las cosas de México, á causa de las noticias contradictorias que le llegan: le tiran en direcciones diversas y él no podrá fijar una opinión sino cuando haya agotado todas las fuentes de informes... Tenemos en tu tierra á Mr. Lapierre, hombre travieso, hábil, de recursos inagotables en diplomacia, y que estoy seguro ha de poner las cosas como un caballo... Tengo que naturalizarme francés, y ya los trabajos están muy avanzados para conseguirlo; pero si tropezara mi expediente con cualquier obstáculo, tendríamos el comodín de tu hija, que podemos suponer nacida en Francia... No sólo no tengo inconveniente ninguno en reconocer el dinero que introdujiste á la casa Jecker, sino que aun puedo declarar una cantidad mayor á fin de que aparezcas con más títulos para quejarte... Hay que estar prevenido, pues Juárez no es lerdo, y si se hace con el auxilio de la prensa, puede darnos más de un disgusto... Como has de necesitar dinero, manda por cinco ó seis mil francos, pues no conviene que en estas circunstancias traigas el bolsillo escueto.

Así habló Jecker. Tres días después fuimos á Poruentri, donde residía la familia del consejero Elsesser, enlazada con nosotros por lazos de parentesco. El consejero es un buen hombre, serio, honrado y trabajador; está convencido de la grandísima trastada que nos quiere hacer el Gobierno mexicano y se pasa el día escribiendo artículos para *La Patrie* en contra de *L'Indépendance Belge* y comparando datos, haciendo cuentas y promoviendo alegatos en los cafés para que el negocio adquiriera popularidad y pueda presentarse bajo el aspecto más favorable.

Luis, hijo de Elsesser, es un joven tan listo como quizás no puedan encontrarse muchos. Incesantemente lee, escribe, visita, da explicaciones, hace súplicas, amenaza, defiende y, en suma, no tiene otra aplicación que el negocio. Algunos le miraban con desconfianza por su edad; mas ahora que le conocen, todos se entienden con él y le consultan cuando encuentran algo obscuro ó intrincado.

Javier, el mayor, no es menos modosito; pero su especialidad es tomar lenguas de cuanto se murmura en ministerios, cámaras y corrillos, pues tiene grandísimo gancho y sabe picar las narices al más pintado, obligándolo á que estornude cuanto sea menester.

Mi cuñada, la consejera, es una pedantona insufrible. Tiene sobre México y los mexicanos, y es mucho decir, ideas más disparatadas que las de todos los euro-



peos. Está segura de que su hermano realizó la operación más lícita al prestar al gobierno de Miramón y se desespera por la pillería y la infamia de Juárez.

*Otro día.*— Ayer vinieron á comer á Poruentri el vizconde Alejo de Gabriac, antiguo ministro francés en México, y Mr. Chevallier, diputado adscrito al gabinete particular del Emperador. Gabriac es insolente, desvergonzado, ignorante y grosero. Chevallier, que es peje de muchísimas conchas, no es tan ajeno como parece á los negocios de México. Claro que no deja hueso sano á los liberales; pero, si se quiere, desprecia más á los conservadores. A todos les conoce de cara y mañas, á todos les ha estudiado y tiene en su poder, á lo que asegura, testimonios irrecusables de los procedimientos de la canalla politiquera del país.

Gabriac trajo de México una fortunilla muy bien saneada, y deplora que el Emperador se valga de Saligny para que le envíe recados. «S. M., dice con frecuencia, ha cometido un error; quizás no faltará francés que fuera capaz de darle noticias más exactas que las del actual ministro, sin perjuicio de desempeñar la legación en aquel remoto país. Mi amigo Drouyn ha de poner remedio en todo.

Chevallier va al fondo. La corrupción, el chisme, la intriga de baja ley son sus armas favoritas.» «¿Cuánto da

Juárez á *La Presse*? Hay que dar más. — «*L'Indépendance Belge* os mortifica mucho, mi querido Jecker; hay que argumentarle en un tono muy sonoro.» «¿Cuánto piensa usted gastar en el soborno de senadores y diputados? No hay que tentarse el corazón, porque en eso estriba el éxito de usted.»

Me preguntó Jecker si sabía que el Gobierno hubiera mandado imprimir una memoria que escribió Payno acerca del negocio de la casa, y si era verdad que don Ramón Pacheco, viniera á substituir á don Juan Antonio de la Fuente, en su puesto de ministro del gobierno juarista. Como yo respondiera que nada sabía, Chevallier se abrió de capa con sus consejos. «No hay que amedrentarse, Juan; si vienen papeles de México, es cosa fácil impedir que circulen; para eso contamos con amigos en el Servicio de la Prensa... Por lo que toca á Pacheco, yo me encargo de que no llegue á París, si es que trae intento de hablar con S. M.. Fíese usted de mí.»

Por lo demás, la comida transcurrió describiéndose lo que va á ser México dentro de unos cuantos años: se abrirá un canal en Tehuantepec, se acabará con la influencia de los Estados Unidos en América, para lo cual apenas se necesitarán unos cuarenta mil hombres, que humillarán á esa altiva República; se establecerá una gendarmería de dos mil hombres que sujete todo el territorio; se colonizará á México á semejanza de Argelia; se



harán grandes obras en el puerto de Guaymas, ya que *Sonorá* será francesa muy pronto; se establecerán fundiciones para aplicar el procedimiento Chenot al beneficio del hierro y se explotarán minas de plata para que el Gobierno francés se reembolse de los gastos de la expedición...

Claro que sobre ninguno de estos asuntos se encuentran conformes los arbitristas. Mientras Jecker, siguiendo á Fossey, opina que debe haber canal por Tehuantepec, S. M. cree que el canal ha de abrirse en Nicaragua, y el nuevo duque resuelve que no debe ser canal sino ferrocarril lo que se construya.

¡Cada cabeza es un mundo!

*Otro día.*—Averigüé ya quién es el nuevo duque: se llama Carlos, Augusto, Luis, José de Morny y es el tipo del noble al estilo del siglo XVIII.

Es el hijo de la reina Hortensia y del general Flahaut, y por consecuencia hermano de ganancia de S. M. Lejos de hacer misterio de su nacimiento, se jacta de él como de algo glorioso y capaz de honrarle, pues lleva pintadas en las portezuelas de sus coches, haces de las flores que recuerdan el nombre de la augusta desterrada de Arenberg. Un caballero del antiguo régimen, llamado Morny, le dió su nombre, y le crió su abuela paterna Madame de Souza, quien recibió para educarle y estable-

cerle doscientos mil francos que entregó la reina Hortensia.

Madame de Souza jugó el dinero y dejó en un petate al chiquillo; pero á cambio de eso le enseñó la disipación elegante, la alegría discreta y el escepticismo de buen tono de la antigua corte.

Morny posee todas las buenas y todas las malas cualidades; tiene el gusto de la pereza y la facultad del trabajo; ama la existencia por los goces que le proporciona y la sabe exponer cuando se necesita; des-



EL DÚQUE DE MORNY

precia las ciencias y las letras y las cultiva y hasta escribe de vez en cuando sainetillos que el público aplaude conociendo que provienen de tan alto origen; imaginó y ejecutó el golpe de Estado que llevó al trono á Napoleón, y se consagra á empresas industriales y financieras que le producen grandes utilidades. Es el hombre de las frases ingeniosas, del desenfado y del qué se me da á mí. La espinosísima cuestión de la nobleza la resolvió con un



epigrama; la de Italia, supo sintetizarla en tres rasgos cáusticos y mal intencionados; la de los príncipes fué materia de dos palabras que largó en el Senado.

No reconoce amigos, ni bienhechores, ni favoritos; vá á su objeto, á cumplir su antojo, á gozar de la sensación del instante que pasa y nada le importa dejar atrás los cuerpos destrozados de sus valedores ó de sus cómplices. Suele irritarse, indignarse, encolerizarse; pero aún en medio de sus arrebatos es el gran señor, el gentil hombre, el caballero exquisito que mira á todo y á todos con la misma sonrisa de benevolencia y de conmiseración. Tal es el hombre que ha tomado sobre sí la tarea de devolvernos lo que nos ha robado México. ¿Lo conseguirá? No hay que dudarlo, puesto que columbra un gran negocio en la cesión de los quince millones de francos que le tiene ofrecidos Juan Bautista.

*Otro día.*— Juan Bautista vino á verme; desea que me presente ante el señor duque, pues, á lo que parece, S. E. pretende recibir noticias detalladas acerca de la sucesión Ubiarco.

— Le hablé, me dijo Jecker, de tu hermosura y de tus desgracias, y manifestó deseos de conocerte, pues dice que no le basta para resolver en definitiva el memorial que puse en sus manos.

*Más tarde.*— El señor duque es encantador. No puede

llamarse un hombre guapo, pero tiene en toda su persona un aire tal de elegancia y de distinción que es capaz de enloquecer á la hembra más pintada. Dicen que á pesar de su gentileza sabe marcar la distancia que le separa de las gentes; á mí no me hizo sentir ni un minuto la superioridad de su posición.

Estuvo insinuante, gracioso, fino y lleno de desenvoltura de buen tono. Alabó mi belleza, se dolió de mis desdichas y me ofreció todo su apoyo para el logro de mis deseos. Cuando cogió mis manos entre las suyas, cuando me dijo aquellas frases delicadísimas y que sólo se pueden ocurrir á quien conoce y practica la más refinada cortesía, sentí que me mareaba un vapor dulce y tenue que me hacía caer desvanecida en un mullido canapé...

Dicen que S. E. posee un frasquito con una droga inglesa que alarga la vida. Quiera el cielo que á la hora que sienta S. S. la indisposición más insignificante, beba algunas gotitas que le restituyan el atlético vigor que posee y que tanto necesita para sacar á flote nuestro negocio, tan intrincado y combatido ahora.

